

¿Cuán buena es su palabra?

Números 6.1–8

Habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: El hombre o la mujer que se apartare haciendo voto de nazareo, para dedicarse a Jehová, se abstendrá de vino y de sidra; no beberá vinagre de vino, ni vinagre de sidra, ni beberá ningún licor de uvas, ni tampoco comerá uvas frescas ni secas. Todo el tiempo de su nazareato, de todo lo que se hace de la vid, desde los granillos hasta el hollejo, no comerá. Todo el tiempo del voto de su nazareato no pasará navaja sobre su cabeza; hasta que sean cumplidos los días de su apartamiento a Jehová, será santo; dejará crecer su cabello. Todo el tiempo que se aparte para Jehová, no se acercará a persona muerta. Ni aun por su padre ni por su madre, ni por su hermano ni por su hermana, podrá contaminarse cuando mueran; porque la consagración de su Dios tiene sobre su cabeza. Todo el tiempo de su nazareato, será santo para Jehová (6.1–8).

Durante la Segunda Guerra Mundial, fue esparcida una consigna entre los aliados. Fue publicada en fábricas y vecindades. Habiendo tanto movimiento de hombres y de pertrechos siendo enviados a Europa y Asia, la información con respecto a la partida de los embarques constituía un secreto bien guardado. Los carteles decían: «Los labios flojos hunden barcos».

A Dios siempre le ha preocupado las palabras que decimos. En cierta ocasión, Jesús hizo esta declaración:

... Porque de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas. Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día

del juicio (Mateo 12.34b–36).

A Dios le preocupaba en especial cuando las palabras del hombre iban dirigidas hacia Él con respecto a lo que se comprometían a decir o hacer. El término que la Biblia usa en tal declaración es voto o juramento. En Números 6.1–8, Moisés escribe con respecto a un israelita común que hace votos o juramentos. Se le denominó «voto de nazareo» (6.2). Era un asunto de libre elección y no un mandamiento de la ley de Moisés. Era, sin embargo, una oportunidad para que cualquier persona practicara la devoción y la piedad. El voto había de hacerse solamente por un corto período. No se estipulaba algún período particular de tiempo, sin embargo, el Mishna (un comentario judío del Antiguo Testamento) lo prescribía como de un período de treinta días. Se podía entrar en un período doble o triple, sin embargo, no era obligatorio extenderse en el voto.

Pese a que la ley no exigía que el voto fuera realizado, si un israelita hacía tal voto, Dios lo consideraba un pacto serio y que tenía que mantenerse. Por lo tanto, Dios impuso regulaciones a seguir una vez que el voto era jurado a ser cumplido. En primer lugar, la ley aseveraba que se requería un cambio en la dieta. El nazareo tenía que dejar todo lo relacionado con el vino de uvas. Esto era señal de que nada interrumpiría la labor de mantener el voto. Imagine a alguien que adore las papas, (como yo) quitándolas de su dieta en cualquiera de sus formas por un mes. Esto significaría dejar las papas dulces, las papas horneadas, las papas fritas, las croquetas de papa, puré de papa con su salsa, la sopa de papa, las hojuelas de papa, el pastel de papas,

etc. ¡Para mí sería un gran sacrificio! En segundo lugar, no se podría rasurar la cabeza (nada de cortes de cabello). El pelo para los judíos constituía una señal de fortaleza y vitalidad. Era llevado como señal de honra de parte de Dios. En tercer lugar, nada sagrado podía ser ofrecido al estar haciendo un voto, específicamente, cualquier cosa que ya había sido dedicada a Dios, tal como el diezmo que daban. Esto sería un juramento doble puesto que ya le pertenecía a Dios y no representaría un gran sacrificio. Recordamos en los días de Jesús el abuso de los elementos consagrados a los que se les refería como Corbán (Marcos 7.10–13). En cuarto lugar, no se podía ofrecer nada que fuera profano ni inmundo. Dios lo consideraba una abominación de Su ley y santidad. En quinto lugar, Dios esperaba que el voto fuera cumplido una vez que se iniciaba (30.2; Deuteronomio 23.21–23). En sexto lugar, si alguien accidentalmente se profanaba a sí mismo durante el voto, entonces se le exigía que comenzara de nuevo el período de abstinencia.

EJEMPLOS ANTIGUOTESTAMENTARIOS

Pocos judíos se convertían en nazareos de por vida. Sansón era un nazareo desde el nacimiento (Jueces 13.5), como también lo fueron Samuel y Juan el Bautista.

El Antiguo Testamento da un ejemplo de un voto bastante insensato, uno que pudo haberle costado la vida a alguien. En Jueces 11.30, 31, Jefté hizo un voto con un propósito noble. Deseaba que Dios le ayudara a derrotar a los amonitas. Sin embargo, la forma como expresó lo que sería su parte fue insensata. Juró diciendo: «cualquiera que saliere de las puertas de mi casa a recibirme, cuando regrese victorioso de los amonitas, será de Jehová, y lo ofreceré en holocausto» (Jueces 11.31). Dios mantuvo Su parte al ayudar a Jefté a derrotar a los amonitas. Sin embargo, la que salió de primero a recibirle después de la batalla fue su propia hija. En vista de que Dios había mantenido Su parte del voto, Jefté estaba obligado a mantener su parte. Después de un tiempo de duelo, puede que su hija haya sido sacrificada.

Sin embargo, hay un ejemplo hermoso en el Antiguo Testamento que ayuda a balancear nuestra perspectiva de los votos. Ana prometió darle su hijo al Señor si Este la bendecía en su infertilidad. Dios mantuvo Su parte del voto, y después de destetar al niño, Ana trajo al que sería el gran profeta Samuel a vivir con Elí, el sacerdote de la casa del Señor (1º Samuel 2.11). En vista de que había cumplido fielmente su voto al Señor, Este la bendijo con más hijos (1º Samuel 2.21). Salomón dio el siguiente

sabio consejo relacionado con la forma de nuestro hablar, diciendo:

Quando fueres a la casa de Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal. No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras. Porque de la mucha ocupación viene el sueño, y de la multitud de las palabras la voz del necio. Cuando a Dios haces promesa, no tardes en cumplirla; porque él no se complace en los insensatos. Cúmplelo lo que prometes. Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas. No dejes que tu boca te haga pecar, ni digas delante del ángel, que fue ignorancia. [...] mas tú, teme a Dios (Eclesiastés 5.1–7).

REFLEXIONES NEOTESTAMENTARIAS

Jesús corrigió la insensatez de los fariseos en Su Sermón de las Bienaventuranzas cuando se refirió a la pregunta de los votos y los juramentos delante de Dios. Los fariseos estaban haciendo juramentos a los que no les estaban dando mucha importancia. Dios consideraba el actuar de ellos como un asunto serio (Mateo 5.33–37). En el Nuevo Testamento se aprecian ejemplos de quienes tomaban en serio el consagrarse a Dios. Estos ejemplos también reflejan la seriedad de Dios en lo que respecta a los que hacían tales juramentos. En Hechos 5.1–4, se hizo una contribución voluntaria de parte de algunos santos de Jerusalén dirigida a los hermanos necesitados. Sin embargo, cuando estas promesas fueron hechas en la presencia de Dios y de los apóstoles, era de esperarse que se llevaran a cabo. La mentira y la muerte resultante de Ananías y Safira demuestran que Dios era serio aún sobre una promesa voluntaria que se hacía. Más adelante en Hechos, Pablo y Bernabé fueron apartados por el Espíritu y la iglesia de Antioquia para un esfuerzo misionero. Toda la iglesia ayunó y oró durante este período de consagración al esfuerzo evangelístico presente (Hechos 13.3). Más adelante en su ministerio, Pablo tuvo que corregir un problema en la congregación de Corinto. Algunas parejas estaban comprometiéndose a la abstinencia por períodos muy prolongados, de ahí que estaban surgiendo problemas maritales (1ª Corintios 7.1–5). Santiago resume la actitud de Dios con respecto a los votos. Nuestras promesas y juramentos a Él tienen que ser simples. «... vuestro sí sea sí, y vuestro no sea no, para que no caigáis en condenación» (Santiago 5.12).

Alguien podrá preguntarse: «¿Qué cosas puedo, entonces, jurar al Señor?». Tal vez poda-

mos poner el asunto en su perspectiva adecuada viendo lo que sería un voto insensato al Señor. Sería insensato, por ejemplo, que juremos no pecar jamás después de nuestro bautismo o después de nuestra última oración pidiendo perdón. Dios conoce nuestra humanidad y la persistencia del diablo. Tal promesa sería imposible de mantener, no importa cuán grande sea nuestro deseo.

¿Se ha echado atrás alguna vez de algún compromiso con Dios? Leí una ilustración de un hombre durante un viaje en avión y de este entrando en una turbulencia severa. Un predicador al lado del asiento de este pasajero lo escuchó orar así: «Si me libras de la tormenta, como hombre de negocios que soy, te daré la mitad de todo lo que tengo», prometió el hombre. Inmediatamente, el avión salió del mal tiempo, y al aterrizar, el predicador le recordó al hombre su promesa. Este respondió: «Acabo de hacer un mejor trato con Dios. ¡Si alguna vez me subo de nuevo a un avión, le daré todo lo que tengo!». Puede que esta sea una historia cómica, pero, ¿podemos cambiar técnicamente lo que prometemos a Dios por algo más? ¿Hemos jurado darle al Señor cierta cantidad y luego damos menos en nuestra administración a Dios? ¿Alguna vez hemos prometido terminar un proyecto en la iglesia y no logramos acabarlo? Siempre surgirán circunstancias que puedan causar cambios temporales en nuestros planes, sin embargo, ¿se complace Dios cuando nos echamos atrás en nuestra palabra a Él? ¿Qué tan buena es nuestra palabra?

¿Por qué nos cuesta mantener nuestros compromisos? Aquí hay varias razones que se podrían dar. En primer lugar, usualmente no nos consagramos a la labor. Sencillamente no apartamos las demás cosas para llevar a cabo algo específico. Hay otras preocupaciones que demandan nuestro tiempo y atención. A menudo no hacemos de los proyectos espirituales un asunto prioritario. En segundo lugar, Satanás tratará de obstaculizarnos. En 1ª Tesalonicenses 2.18, Pablo dijo que Satanás lo obstaculizó en más de una ocasión. Satanás hará lo que sea para desviarnos de hacer la voluntad de Dios. He asistido a clases de Biblia durante la cual sonaría un teléfono en un momento importante e interrumpiría todo el estudio. Me he sentido tentado a contestarlo y decir: «Hola, Satanás, ¿qué quieres?». Satanás puede influenciar nuestras acti-

tudes y desmotivarnos para que no completemos nuestras labores. Este tratará de llenarnos con egoísmo de manera que comencemos a pensar en nuestros deseos, y no en la voluntad de Dios.

¿Cómo se nos puede desafiar a hacer votos voluntarios a Dios y llevarlos a cabo? En primer lugar, tenemos que hacer un inventario de lo que podríamos dedicarle a Él. Pablo le dijo a Timoteo que se disciplinara «para la piedad; porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera» (1ª Timoteo 4.7, 8). En segundo lugar, así como una dieta o el ejercicio, necesitamos hacer que nuestros compromisos sean a corto plazo. No se comprometa a leer la Biblia todos los días por un año si no lo ha hecho antes. Así como el nazareo, pruebe por treinta días. Al final de este tiempo, pruebe otros treinta días, y pronto será un año. Tome pequeños pasos y alégrese de las victorias pequeñas. Los pasos cortos pronto se convertirán en grandes. En tercer lugar, estime el costo. ¿Cuánto tomará llevar a cabo tal voto? El conocer qué obstáculos se encuentran en el camino y lo que tendremos que evitar constituye la mitad de la batalla en lo que respecta a cumplir la promesa.

CONCLUSIÓN

El Señor ve las promesas que le hacemos de forma seria. No hay una sola promesa ni bendición que pueda nombrarse que Él no retribuya cuando hayamos cumplido nuestra parte. ¿Qué es lo que le está dando a Dios? ¿Qué tan buena es su palabra en cumplir lo que prometió hacer por Dios? Considerando todo lo que Este ha hecho ya por nosotros, ¿no hay algo que podamos hacer por Él?

La bendición de Aarón para Israel (Números 6.24–26)

Esta bendición, la cual frecuentemente se escucha hoy, es tal vez, la bendición mejor conocida del Antiguo Testamento.

Jehová te bendiga, y te guarde;
Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti,
y tenga de ti misericordia;
Jehová alce sobre ti su rostro,
y ponga en ti paz.

Autor: Max Tarbet
©Copyright 1989, 2010, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados